

QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE (1580-1645)

ROMANCES

*Halla en la causa de su amor todos los bienes*

Después que te conocí,  
todas las cosas me sobran:  
el sol para tener día,  
abril para tener rosas.

Por mi bien pueden tomar  
otro oficio las auroras,  
que yo conozco una luz  
que sabe amanecer sombras.

Bien puede buscar la noche  
quien sus estrellas conozca,  
que para mi astrología  
ya son oscuras y pocas.

Gaste el Oriente sus minas  
con quien avaro las rompa,  
que yo enriquezco la vista  
con más oro a menos costa.

Bien puede la margarita  
guardar sus perlas en conchas,  
que buzano de una risa  
las pesco yo en una boca.

Contra el tiempo y la fortuna  
ya tengo una inhibitoria,  
ni ella me puede hacer triste,  
ni él puede mudarme un hora.

El oficio le ha vacado  
a la muerte tu persona:  
a sí misma se padece,  
sólo en ti viven sus obras.

Ya no importunan mis ruegos

a los cielos por la gloria,  
que mi bienaventuranza  
tiene jornada más corta.

La sacrosanta mentira,  
que tantas almas adoran,  
busque en Portugal vasallos,  
en Chipre busque coronas.

Predicaré de manera,  
tu belleza por Europa,  
que no haya herejes de gracias,  
y que adoren en ti sola.

*Boda y acompañamiento del campo*

Don Repollo y doña Berza,  
de una sangre y de una casta,  
si no caballeros pardos,  
verdes fidalgos de España,

casáronse, y a la boda  
de personas tan honradas,  
que sustentan ellos solos  
a lo mejor de Vizcaya,

de los solares del campo  
vino la nobleza y gala,  
que no todos los solares  
han de ser de la montaña.

Vana, y hermosa, a la fiesta  
vino doña Calabaza;  
que su merced no pudiera  
ser hermosa sin ser vana.

La Lechuga, que se viste  
sin aseo y con fanfarria,  
presumida, sin ser fea,  
de frescona y de bizarra.

La Cebolla, a lo viudo,  
vino con sus tocas blancas,  
y sus entresuelos verdes,

que sin verdura no hay canas.

Para ser dama muy dulce  
vino la Lima gallarda,  
al principio, que no es bueno  
ningún postre de las damas.

La Naranja, a lo ministro,  
llegó muy tiesa y cerrada,  
con su apariencia muy lisa,  
y su condición muy agria.

A lo rico y lo tramposo  
en su erizo la Castaña,  
que la han de sacar la hacienda  
todos por punta de lanza.

La Granada deshonesto  
a lo moza cortesana,  
desembozo en la hermosura,  
descaramiento en la gracia.

Doña Mostaza menuda,  
muy briosa y atusada,  
que toda chica persona  
es gente de gran mostaza.

A lo alindado la Guinda,  
muy agria cuando muchacha,  
pero ya entrada en edad,  
más tratable, dulce y blanda.

La Cereza, a la hermosura  
recién venida, muy cara,  
pero con el tiempo todos  
se le atreven por barata.

Doña Alcachofa, compuesta  
a imitación de las flacas,  
basquiñas y más basquiñas,  
carne poca y muchas faldas.

Don Melón, que es el retrato  
de todos los que se casan:  
Dios te la depare buena,  
que la vista al gusto engaña.

La Berenjena, mostrando  
su calavera morada,  
porque no regó en el tiempo  
del socorro de las calvas,

Don Cohombro desvaído,  
largo de verde esperanza,  
muy puesto en ser gentil hombre,  
siendo cargado de espaldas.

Don Pepino, muy picado  
de amor de doña Ensalada,  
gran compadre de doctores,  
pensando en unas tercianas.

Don Durazno, a lo invidioso,  
mostrando agradable cara,  
descubriendo con el trato  
malas y duras entrañas.

Persona de muy buen gusto,  
don Limón, de quien espanta  
lo sazonado y panzudo,  
que no hay discreto con panza.

De blanco, morado y verde,  
corta crin y cola larga,  
don Rábano, pareciendo  
moro de juego de cañas.

Todo fanfarrones bríos,  
todo picantes bravatas,  
llegó el señor don Pimiento,  
vestidito de botarga.

Don Nabo, que viento en popa  
navega con tal bonanza  
que viene a mandar el mundo  
de gorrón de Salamanca.

Mas baste, por si el lector  
objeciones desenvaina,  
que no hay boda sin malicias,  
ni desposados sin tachas.

*Boda de negros*

Vi, debe de haber tres días,  
en las gradas de San Pedro,  
una tenebrosa boda,  
porque era toda de negros.

Parecía matrimonio  
concertando en el infierno,  
negro esposo y negra esposa,  
y negro acompañamiento.

Sospecho yo que acostados  
parecerán sus dos cuerpos,  
junto el uno con el otro  
algodones y tintero.

Hundíase de estornudos  
la calle por do volvieron,  
que una boda semejante  
hace dar más que un pimiento.

Iban los dos de las manos,  
como pudieran dos cuervos;  
otros dicen como grajos,  
porque a grajos van oliendo.

Con humos van de vengarse,  
que siempre van de humos llenos,  
de los que por afrentarlos,  
hacen los labios traseros.

Iba afeitada la novia  
todo el tapetado gesto,  
con hollín y con carbón,  
y con tinta de sombreros.

Tan pobres son que una blanca  
no se halla entre todos ellos,  
y por tener un cornado  
casaron a este moreno.

Él se llamaba Tomé,

y ella Francisca del Puerto,  
ella esclava y él esclavo  
que quiere hincársele en medio.

Llegaron al negro patio,  
donde está el negro aposento,  
en donde la negra boda  
ha de tener negro efecto.

Era una caballeriza,  
y estaban todos inquietos,  
que los abrasaban pulgas  
por perrengues o por perros.

A la mesa se sentaron,  
donde también les pusieron  
negros manteles y platos,  
negra sopa y manjar negro.

Echolos la bendición  
un negro veintidoseno,  
con un rostro de azabache  
y manos de terciopelo.

Diéronles el vino tinto,  
pan entre mulato y prieto,  
carbonada hubo, por ser  
tizones los que comieron.

Hubo jetas en la mesa,  
y en la boca de los dueños;  
y hongos, por ser la boda  
de hongos, según sospecho.

Trujeron muchas morcillas,  
y hubo algunos que, de miedo,  
no las comieron pensando  
se comían a sí mismos.

Cuál por morder el mondongo  
se atarazaba algún dedo,  
pues sólo diferenciaban  
en la uña de lo negro.

Mas cuando llegó el tocino  
hubo grandes sentimientos,

y pringados con pringadas  
un rato se enternecieron.

Acabaron de comer,  
y entró un ministro guineo,  
para darles agua manos  
con un coco y un caldero.

Por toalla trujo al hombro  
las bayetas de un entierro.  
Laváronse, y quedó el agua  
para ensuciar todo un reino.

Negros dellos se sentaron  
sobre unos negros asientos,  
y negras voces cantaron  
también denegridos versos.

Negra es la ventura  
de aquel casado,  
cuya novia es negra,  
y el dote en blanco.

*Burla de los eruditos de embeleco, que enamoran a feas cultas*

Muy discretas y muy feas,  
mala cara y buen lenguaje,  
pidan cátedra y no coche,  
tengan oyente y no amante.

No las den sino atención,  
por más que pidan y parlen,  
y las joyas y el dinero,  
para las tontas se guarde.

Al que sabia y fea busca,  
el Señor se la depare:  
a malos conceptos muera,  
malos equívocos pase.

Aunque a su lado la tenga,  
y aunque más favor alcance,  
un catedrático goza,  
y a Pitágoras en carnes.

Muy docta lujuria tiene,  
muy sabios pecados hace,  
gran cosa será de ver  
cuando a Platón requebrare.

En vez de una cara hermosa,  
una noche, y una tarde,  
¿qué gustos darán a un hombre  
dos cláusulas elegantes?

¿Qué gracia puede tener  
mujer con fondos de fraile,  
que de sermones y chismes,  
sus razonamientos hace?

Quien deja lindas por necias,  
y busca feas que hablen,  
por sabias, como las zorras,  
por simples deje las aves.

Filósofos amarillos  
con barbas de colegiales,  
o duende dama pretenda,  
que se escuche, no ose halle.

Échese luego a dormir  
entre bártulos y abades,  
y amanecerá abrazado  
de Zenón y de Cleantes.

Que yo para mi traer,  
en tanto que argumentaren  
los cultos con sus arpías,  
algo buscaré que palpe.

*Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunico*

Pariome adrede mi madre,  
¡ojalá no me pariera!,  
aunque estaba cuando me hizo,  
de gorja naturaleza.

Dos maravedís de luna



alumbraban a la tierra,  
que por ser yo el que nacía,  
no quiso que un cuarto fuera.

Nací tarde, porque el sol  
tuvo de verme vergüenza,  
en una noche templada  
entre clara y entre yema.

Un miércoles con un martes  
tuvieron grande revuelta,  
sobre que ninguno quiso  
que en sus términos naciera.

Nací debajo de Libra,  
tan inclinado a las pesas,  
que todo mi amor le fundo  
en las madres vendederas.

Diome el León su quartana,  
diome el Escorpión su lengua,  
Virgo, el deseo de hallarle,  
y el Carnero su paciencia.

Murieron luego mis padres,  
Dios en el cielo los tenga,  
porque no vuelvan acá,  
y a engendrar más hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces  
me dejaron los planetas,  
que puede servir de tinta,  
según ha sido de negra.

Porque es tan feliz mi suerte,  
que no hay cosa mala o buena,  
que aunque la piense de tajo,  
al revés no me suceda.

De estériles soy remedio,  
pues con mandarme su hacienda,  
les dará el cielo mil hijos,  
por quitarme las herencias.

Y para que vean los ciegos  
pónganme a mí a la vergüenza;

y para que cieguen todos,  
llévenme en coche o litera.

Como a imagen de milagros  
me sacan por las aldeas,  
si quieren sol, abrigado,  
y desnudo, porque llueva.

Cuando alguno me convida  
no es a banquetes ni a fiestas,  
sino a los misas cantanos  
para que yo les ofrezca.

De noche soy parecido  
a todos cuantos esperan,  
para molerlos a palos,  
y así inocente me pegan.

Aguarda hasta que yo pase  
si ha de caerse una teja;  
aciértanme las pedradas,  
las curas sólo me yerran.

Si a alguno pido prestado,  
me responde tan a secas,  
que en vez de prestarme a mí  
hace prestar la paciencia.

No hay necio que no me hable,  
ni vieja que no me quiera,  
ni pobre que no me pida,  
ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre,  
ni juego donde no pierda,  
ni amigo que no me engañe,  
ni enemigo que no tenga.

Agua me falta en el mar,  
y la hallo en las tabernas,  
que mis contentos y el vino  
son aguados donde quiera.

Dejo de tomar oficio,  
porque sé por cosa cierta,  
que siendo yo el calcetero

andarán todos en piernas.

Si estudiara medicina,  
aunque es socorrida ciencia,  
porque no curara yo,  
no hubiera persona enferma.

Quise casarme estotro año,  
por sosegar mi conciencia,  
y dábanme un dote al diablo,  
con una mujer muy fea.

Si intentara ser cornudo,  
por comer de mi cabeza,  
según soy de desgraciado,  
diera mi mujer en buena.

Siempre fue mi vecindad  
mal casados que vocean,  
herradores que madrugan,  
herrerros que me desvelan.

Si yo camino con fieltro  
se abrasa en fuego la tierra,  
y en llevando guardasol  
está ya de Dios que llueva.

Si hablo a alguna mujer,  
y le digo mil ternezas,  
o me pide o me despide,  
que en mí es una cosa mesma.

En mí lo picado es roto,  
ahorro cualquier limpieza,  
cualquier bostezo es hambre,  
cualquiera color vergüenza.

Fuera un hábito en mi pecho  
remiendo sin resistencia,  
y peor que besamanos,  
en mí cualquier encomienda.

Para que no estén en casa  
los que nunca salen della,  
buscarlos yo sólo basta,  
pues con eso estarán fuera.

Si alguno quiere morir  
sin ponzoña o pestilencia,  
proponga hacerme algún bien,  
y no vivirá hora y media.

Y a tanto vino a llegar  
la adversidad de mi estrella,  
que me inclinó que adorase  
con mi humildad tu soberbia.

Y viendo que mi desgracia  
no dio lugar a que fuera  
como otros tu pretendiente,  
vine a ser tu pretenmuela.

Bien sé que apenas soy algo,  
mas tú de puro discreta,  
viéndome con tantas faltas,  
que estoy preñado sospechas.

Aquesto Fabio cantaba  
a los balcones y rejas  
de Aminta, que aun de olvidarle  
le han dicho que no se acuerda.

*Advierte al tiempo de mayores hazañas, en que podrá ejercitar sus fuerzas*

Tiempo, que todo lo mudas,  
tú, que con las horas breves  
lo que nos diste, nos quitas,  
lo que llevaste, nos vuelves:

tú, que con los mismos pasos,  
que cielos y estrellas mueves,  
en la casa de la vida,  
pisas umbral de la muerte.

Tú, que de vengar agravios  
valle te precias como valiente,  
pues castigas, hermosuras,  
por satisfacer desdenes:

tú, lastimoso alquimista,

pues del ébano que tuerces,  
haciendo plata las hebras,  
a sus dueños empobreces:

tú, que con pies desiguales,  
pisas del mundo las leyes,  
cuya sed bebe los ríos,  
y su arena no los siente:

tú, que de monarcas grandes  
llevas en los pies las frentes;  
tú, que das muerte y das vida  
a la vida y a la muerte.

Si quieres que yo idolatre  
en tu guadaña insolente,  
en tus dolorosas canas,  
en tus alas y en tu sierpe:

si quieres que te conozca,  
si gustas que te confiese  
con devoción temerosa  
por tirano omnipotente,

da fin a mis desventuras  
pues a presumir se atreven  
que a tus días y a tus años  
pueden ser inobedientes.

Serán ceniza en tus manos  
cuando en ellas las aprietes,  
los montes y la soberbia,  
que los corona las sienes:

¿y será bien que un cuidado,  
tan porfiado cuan fuerte,  
se ría de tus hazañas,  
y vitorioso se quede?

¿Por qué dos ojos avaros  
de la riqueza que pierden  
han de tener a los míos  
sin que el sueño los encuentre?

¿Y por qué mi libertad  
aprisionada ha de verse,

donde el ladrón es la cárcel  
y su juez el delincuente?

Enmendar la obstinación  
de un espíritu inclemente,  
entretener los incendios  
de un corazón que arde siempre;

descansar unos deseos  
que viven eternamente,  
hechos martirio del alma,  
donde están porque los tiene;

reprender a la memoria,  
que con los pasados bienes,  
como traidora a mi gusto  
a espaldas vueltas me hiere;

castigar mi entendimiento,  
que en discursos diferentes,  
siendo su patria mi alma,  
la quiere abrasar aleve;

estas sí que eran hazañas,  
debidas a tus laureles,  
y no estar pintando flores,  
y madurando las mieses.

Poca herida es deshojar  
los árboles por noviembre,  
pues con desprecio los vientos  
llevarse los troncos suelen.

Descuídate de las rosas,  
que en su parto se envejecen;  
y la fuerza de tus horas  
en obra mayor se muestre.

Tiempo venerable y cano,  
pues tu edad no lo consiente,  
déjate de niñerías,  
y a grandes hechos atiende.

*Romance satírico*

Pues me hacéis casamentero,  
Ángela de Mondragón,  
escuchad de vuestro esposo,  
las grandezas y el valor.

Él es un médico honrado,  
por la gracia del Señor,  
que tiene muy buenas letras  
en el cambio, y el bolsón.

Quien os lo pintó cobarde  
no lo conoce, y mintió,  
que ha muerto más hombres vivos  
que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa  
tiene tal reputación,  
que luego dicen los niños:  
Dios perdone al que murió.

Y con ser todos mortales  
los médicos, pienso yo  
que son todos veniales  
comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos  
se le pide información,  
temiéndole más que a peste,  
de si le conoce, o no.

De médicos semejantes  
hace el rey, nuestro señor,  
bombardas a sus castillos,  
mosquetes a su escuadrón.

Si a alguno cura y no muero,  
piensa que resucitó,  
y por milagro le ofrece  
la mortaja y el cordón.

Si acaso estando en su casa  
oye dar algún clamor,  
tomando papel y tinta,  
escribe: «ante mí pasó».

No se le ha muerto ninguno  
de los que cura hasta hoy,  
porque antes que se mueran  
los mata sin confesión.

De envidia de los verdugos  
maldice al corregidor,  
que sobre los ahorcados  
no le quiere dar pensión.

Piensan que es la muerte algunos;  
otros, viendo su rigor,  
le llaman el día del juicio,  
pues es total perdición.

No come por engordar,  
ni por el dulce sabor,  
sino para matar la hambre,  
que es matar su inclinación.

Por matar mata las luces,  
y si no le alumbra el sol,  
como murciélagos viven  
a la sombra de un rincón.

Su mula, aunque no está muerta,  
no penséis que se escapó,  
que está matada de suerte,  
que le viene a ser peor.

En que se ve tan famoso,  
y en tan buena estimación,  
atento a vuestra belleza,  
se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote  
de ver que matéis de amor,  
que en matando de algún modo,  
para en uno sois los dos.

Casaos con él, y jamás  
de viuda tendréis pasión,  
que nunca la misma muerte  
se oyó decir que murió.

Si lo hacéis, a Dios le ruego



que gocéis con bendición;  
pero si no, que nos libre  
de conocer al doctor.

*A don Álvaro de Luna*

A los pies de la fortuna,  
el que pisó su cabeza,  
los de un Crucifijo santo  
con tristes lágrimas riega.

Comenzolos a besar;  
mas viendo por una puerta  
entrar su truhán llorando,  
amortajado en bayeta,

detúvose, y afligido,  
le dijo con voces tiernas,  
palabras que se ahogaron  
nadando en llanto las medias.

Mas el juglar que lo mira,  
mudo de pura tristeza,  
le respondió mesurado  
pidiendo al llanto licencia:

«Tengo, hermosísima Luna,  
a decirte cómo empiezas  
hoy a ser, Luna en el mundo,  
pues que tu noche se llega.

»Quiero también despedirme  
de tu casa y tu presencia,  
que soy como golondrina  
que en el invierno se ausenta.

»Pues siendo mi oficio gracias,  
la fortuna que hoy ordena  
desgracias sólo a tu casa,  
me despide de tu mesa.

»¿Cuántas veces, Condestable,  
entre burlas y entre veras,  
te pedí de Dios firmada

la cédula de firmeza?

»¿Y cuántas te dije a solas,  
que el hombre que en hombre espera  
le hace a Dios su contrario,  
Dios al hombre casi bestia?

»Siempre las cosas mas altas  
están al rayo sujetas,  
porque parecen subir  
a recibille ellas mismas.

»Un solo arrepentimiento,  
mira que caro te cuesta,  
porque de cuanto tuviste,  
con él tan sólo te quedas.

»No en que eres Luna te fíes,  
cuando traidores te cercan,  
pues otro sol de justicia  
no se libró de tus tretas.

»Ve de Luzbel la privanza,  
que cayó por su soberbia,  
que aun los ángeles peligran  
en la privanza y alteza.

»Fuiste cohete en el mundo,  
subiste a las nubes mismas,  
subiste resplandeciente,  
bajas ya ceniza a tierra.

»Porque la pólvora misma,  
que te subió tan ligera,  
abrasándote te baja  
vuelto carbones en piezas.

»Condestable, mi señor,  
ya de tus glorias inmensas,  
al mundo que te las dio  
toma el Señor residencia.

»Pues que todo fue prestado,  
la vida, el honor, las prendas,  
no es mucho que agradecido  
al que te las dio las vuelvas.

»En esta cárcel del mundo,  
sólo de mí diferencias,  
en ser mis grillos de hierro,  
los tuyos de plata y perlas.

»Esto te digo llorando,  
solamente porque entiendas,  
que quien fue truhán en burlas,  
es predicador en veras».

Diciendo aquesto se fue,  
llorando al Conde le deja,  
y de ver llorar la Luna  
se enlutaron las estrellas.

#### *A Nuestra Señora en su nacimiento*

Ya la oscura t triste noche,  
llena de tristeza y miedo,  
huye por las altas cumbres,  
y por los riscos soberbios.

Yo, con ser recién nacida,  
de este mundo la destierro,  
porque ya en mí reverberan  
los rayos del sol inmenso.

Y aunque me miráis tan niña,  
soy más antigua que el tiempo,  
mucho más que las edades  
y que los cuatro elementos.

Del principio fuí criada,  
que es el sumo Dios eterno,  
y el primero lugar tuve  
después del sagrado Verbo.

Infinitos siglos antes  
que criara el firmamento,  
ya él a mí me había criado  
en mitad de aquel silencio.

Su primogénita dice

que soy el santo, y perfecto;  
de su propia boca oí  
este divino requiebro.

Adornome de virtudes,  
ricos tesoros del cielo,  
en mí se estarán estables  
de este siglo al venidero.

Entonces vendré triunfante,  
pues al que es sol verdadero,  
le di mis pechos y entrañas,  
y encendió de amor mi pecho.

Sírvole con gran amor,  
dile el corazón sincero  
en la santa habitación  
del limpio y santo Cordero.

Cubiertos tuve sus rayos,  
y aunque los tuve cubiertos,  
él mostró su inmensidad,  
yo mi limpieza y buen celo.

Premió tan bien mis servicios,  
que en el santo monte excelso  
con él quiere que descanse  
en el alcázar supremo.

Pisé sus piedras preciosas,  
y hollé sus dorados suelos,  
y a mí sola dieron silla  
como reina de aquel reino.

Recíbeme con aplauso  
cantándome himnos y versos,  
diciendo que por antigua  
merezco el lugar primero.

Por antigua en la creación,  
y en ser de virtud ejemplo,  
por la primera en vencer  
al demonio torpe y feo.

Y porque fuí la primera  
que me vestí el ornamento

de la limpia castidad,  
e infinitos me siguieron.

Por mi humildad sacrosanta,  
que a los más humildes venzo;  
y por aquesta humildad  
fuí de Dios custodia y templo.

Porque fuí el claustro cerrado,  
donde Dios tuvo aposento,  
para que el género humano  
saliese de cautiverio.

Haced fiesta, mis cofrades,  
que el nombre de Antigua quiero;  
estimalde y celebralde,  
que yo os daré el justo premio.

Y al templo antiguo y famoso,  
que alcanza tal epíteto,  
enriquecelde vosotros,  
que vaya siempre en aumento.

Perseverad hasta el fin  
en ser mis devotos rectos,  
que yo prometo de daros,  
por uno que me deis, ciento.

FIN